

DEBATE ¿Dónde está la felicidad? / DAVID G. MYERS

¿Son más felices los ricos?

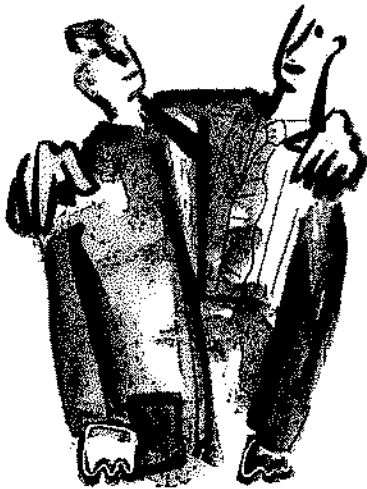
Compra el dinero la felicidad? Pocos de nosotros estaríamos de acuerdo. Sin embargo, ¿podría algo más de dinero hacernos un poco más felices? Muchos de nosotros diríamos que sí. Además, la mayoría de la gente dice en las encuestas de opinión que sí, que les gustaría ser ricos. Tres de cada cuatro universitarios norteamericanos —casi el doble que en 1970— consideran "muy importante" o "esencial" que les "vaya muy bien económicamente". El dinero tiene importancia.

Por supuesto que el dinero compra la felicidad. ¿Quién no sería más feliz con un yate de diez o doce metros, una buena caravana y asistente particular? Como proclama un anuncio de automóviles Lexus, "quienquiera que dijo que el dinero no puede comprar la felicidad no lo está gastando adecuadamente". En fin, ¿son más felices los ricos? Algunos investigadores han constatado que en los países pobres, como Bangladesh, ser relativamente acomodado aporta un mayor grado de bienestar. Necesitamos comida, descanso, techo y relación social. Y aun en países desarrollados, como Australia y Estados Unidos, el nivel de renta hasta un cierto punto permite predecir el nivel de felicidad.

No obstante —cosa de la que apenas se habla en nuestra era materialista—, en países en los que casi todo el mundo tiene cubiertas las necesidades básicas, la mayor prosperidad —sorprendentemente— cuenta poco. La correlación entre ingresos y felicidad es "sorprendentemente tenue", observó el investigador de la Universidad de Michigan Ronald Inglehart en un estudio en 16 países entre un total de 170.000 personas.

La felicidad aumenta al ritmo del incremento de los ingresos hasta el punto de permitir atender las necesidades básicas y experimentar una sensación de control sobre la propia vida. Ahora bien, una vez se accede a cierto umbral de comodidades, el ingreso de una mayor cantidad de dinero sigue cumpliendo la conocida ley de rendimientos decrecientes. El segundo trozo de pastel nunca sabe tan bien como el primero.

Hasta los ganadores de la lotería y los enormemente ricos son sólo ligeramente más felices que el americano medio. Tener éxito aporta euforia temporal. Después nos



ASTORIOFF

¿QUÉ SENTIDO TIENE dejar a los propios herederos una notable riqueza como si eso pudiera comprarles la felicidad?

adaptamos a nuestra nueva situación de forma que nuestras emociones reflejan los alibajos propios de las nuevas circunstancias en que vivimos. A la larga, la riqueza es como la salud: su carencia absoluta puede generar miseria, pero su posesión no equivale a la felicidad. La felicidad parece estar menos en poseer lo que queremos que en querer lo que poseemos.

Considérese, asimismo, lo siguiente: ¿ha aflorado nuestra felicidad colectiva coincidiendo con la marca económica?

En 1957, cuando el economista John K. Galbraith se dispuso a describir EE.UU. como "la sociedad próspera", la renta per cápita de los norteamericanos, expresada en dólares actuales, era de 8.700 dólares. Actualmente es de más de 20.000 dólares. EE.UU., en comparación con 1957, es actualmente "la sociedad doblemente rica y

próspera", con el doble de lo que puede comprar el dinero. Poseemos el doble de coches por persona. Comemos fuera de casa el doble y medio de veces. En comparación con los últimos años del decenio de los 50 del siglo pasado, cuando pocos norteamericanos poseían lavavajilla, secadora o aire acondicionado, hoy día poseen estos aparatos la mayoría de ellos. Así pues, y de acuerdo con la idea de que es muy importante ser muy rico y próspero, preguntémoslos: ¿somos ahora más felices?

No lo somos. Desde 1957, el número de norteamericanos que dicen ser "muy felices" ha disminuido de un 35% a un 32%. Mientras tanto, la tasa de divorcios se ha multiplicado por dos, el suicidio de adolescentes casi se ha triplicado, la tasa de delitos violentos casi se ha cuadruplicado (aun después de la reciente disminución) y la depresión ha subido como la espuma. Estos rasgos de la vida actual constituyen una auténtica bomba bajo la materialismo que caracteriza nuestra sociedad: el crecimiento económico no ha fomentado una mayor dimensión ética de la persona, un hecho asimismo verificable en Europa y Japón.

En Gran Bretaña, por ejemplo, el gran aumento en el porcentaje de hogares poseedores de coche, calefacción central y teléfono no ha sido acompañado de una mayor felicidad.

En cierto modo, es cosa sabida. El sociólogo de Princeton, Robert Wuthnow, ha señalado que un 89% de las personas afirma que "nuestra sociedad es exageradamente materialista". ¿Hay más personas materialistas, eso es todo? Porque lo cierto es que constató también que un 84% desea tener más dinero y un 78% afirma que es "muy o bastante importante" poseer "una hermosa casa, un coche nuevo y otras cosas buenas".

Pero uno se pregunta, ¿qué sentido tiene todo esto? ¿Por qué —se preguntó el profeta Isaias— gastas tu dinero en lo que no te alimenta e inviertes tu trabajo y esfuerzo en lo que no te satisface? ¿Qué sentido tiene acumular montones de discos compactos que no se oyen, tener armarios llenos de ropa que apenas se lleva y garajes con coches lujosos, todo ello adquirido en una estéril búsqueda de una felicidad esquiva? ¿Qué sentido tiene dejar a los propios herederos una notable riqueza como si eso pudiera comprarles la felicidad, siendo así que esa riqueza podría beneficiar tanto a un mundo doliente? *

Traducción: José M. Puig de la Bellacosa

MANUEL TRALLERO

Viva los toros y olé

Por si a ustedes les quedaba alguna duda, debo confesarles que soy un ser monstruoso, una mente diabólica, retorcida y enfermiza, cuya principal diversión consiste en ver cómo una pobre res suelta unos cuantos chorretones de sangre y sufre toda serie de torturas a manos de un desaprensivo, en medio de las risotadas de un respetable que de respetable no tiene, por lo visto, nada, y que tan sólo disfruta con la sangre. Es decir, que después de Jack el Destripador ya vengo yo en la lista de los peores criminales de la humanidad. Tengo el mérito enorme de haber visto una escasa docena de corridas, aunque eso sí, una tarde vi torrear a José Tomás en Barcelona y eso no lo podré olvidar, porque creí tocar el cielo con la punta de los dedos.

Soy, pues, culpable de ello, y encima en las pruebas de atletismo, en lugar de disfrutar con el tiempo registrado por los atletas, como realmente me lo paso pipa es viendo la cara de dolor que ponen y la abundante sudoración que padecen.

Soy, pues, un sádico peligroso cuyo único objetivo en esta vida es ver cómo sufre un pobre animal, mientras que "Copito de Nieve" tuvo un final estupendo y los animales del zoológico del señor Portabella llevan una vida envidiable, encerrados para siempre.

Lo peor de todo es que me gusta ser como soy. Es decir, no formar parte de esta Catalunya pasteurizada, de pensamiento único, políticamente correcta, que para divertirse ya tiene a los payasos de TV3, a base de reírse siempre que pueden de los españoles, un espectáculo que por lo visto resulta muy gratificante para los niños. Yo no sé ustedes, pero no tengo ningún interés en esa Barcelona convertida en un gigantesco parque temático, en capaz de montarse en el Tranbax como si fuera el avión del Tibidabo, para bajarse después y hacerse la foto. Una ciudad en estado de permanente orgasmo, ora porque va a tener el segundo ordenador más grande del mundo, ora porque la plaza del Fórum es la tercera mayor del planeta, y así sucesivamente.

Voy a ser el último mohicano, pero a partir de ahora no pienso perderme una corrida. No estoy dispuesto a que la autoridad competente acabe mandándome a la cama como si fuera una de Los Tres Bessones o a que a los señores de Estopa se les critique porque hablan en castellano en TV3. Lo siento mucho, pero no aguantó que la consellera Rotermeyer-Tura nos diga qué tradiciones son buenas, "córrer els boucs", por ejemplo, y qué otras son malas: toros en la Monumental. Me repatea los bigodillos que se illeagaban partidos políticos, diarios o corridas de toros. Yo no quiero vivir en una Catalunya prohibida. *

DEBATE Ciencia y beneficio / JOAN J. GUINOVART

ZP, no nos falle en investigación

Los países que han apostado por invertir en ciencia son los que más han avanzado en bienestar y desarrollo económico. Singapur y Corea, que eran países pobres, han alcanzado un nivel de vida impenable hace sólo treinta años. Finlandia salió de la crisis en la que se encontraba sumergida a principios de la década de los noventa con masivas inversiones en ciencia y tecnología sin las que la actual empresa Nokia no hubiera sido posible. Ahora dedica un 4 por ciento del PIB a investigación y desarrollo (I+D), y es, junto con Suecia, líder en Europa.

Los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea concluyeron en la cumbre de Lisboa del año 2000 que si Europa no se convertía

antes del 2010 en una "economía basada en el conocimiento", perdería su competitividad y la posición de privilegio que ocupa en el mundo. Sin embargo, el conocimiento no se obtiene sin estímulos. Requiere recursos e inversión.

Desgraciadamente, las cifras no son prometedoras. España dedica un porcentaje de alrededor de un 1 por ciento a I+D y aun ahí hay camufladas partidas que nada tienen que ver con la auténtica I+D. En cualquier caso, el porcentaje es irrisorio comparado con los países avanzados. La única manera de competir con Suecia y Finlandia, que invierten el 4 por ciento, sería ser cuatro veces más inteligentes o trabajar cuatro veces más. Ninguna de las dos opciones parece muy realista.

La victoria del PSOE abre una nueva etapa de esperanza. La promesa de aumentar la inversión en I+D en un 25 por ciento anual du-

rante cuatro años puede permitir a España incorporarse a esa economía basada en el conocimiento. Sin

HAY QUE DOTARSE de un sistema de gestión del I+D flexible y eficaz que sustituya a las estructuras actuales

embargo, aun siendo absolutamente necesario, un simple aumento de los fondos no va a ser suficiente. Es imprescindible dotarse de un sistema de gestión de la I+D flexible y eficaz que sustituya a las antiquadas estructuras actuales. Los rumores de tensiones en el seno del nuevo Gobierno por las competencias

en I+D preocupa a la comunidad científica, pues podría indicar que son criterios políticos y no científicos los que se están teniendo en cuenta para organizarlo. Sería un grave error que los científicos no fueran consultados. Necesitamos un sistema basado en criterios científicos, gestionado por científicos e independiente de los vaivenes políticos. Europa está también en proceso de crear un Consejo Europeo de Investigación (ERC). El sistema español debe tenerlo en cuenta y generar estructuras que permitan obtener el máximo provecho del sistema europeo, que será competitivo y riguroso.

La gran ventaja de España es que dispone del elemento esencial, el factor humano. Éste es el que más cuesta conseguir. Hay una generación de jóvenes investigadores muy bien formados que están esperando una oportunidad para expresar su

talento y su capacidad. Ellos nos permiten ser optimistas respecto de nuestro futuro.

Y las empresas? En un mundo globalizado las empresas optan por establecer sus centros de I+D alrededor de los focos de conocimiento donde se concentran las buenas universidades y centros públicos de investigación. Además de esta fuente de "cerebros", requieren un acervo con conexiones intercontinentales y una buena calidad de vida en el área. Ésa es la receta mágica. Crear esos núcleos no está fuera de nuestras posibilidades.

Señor Zapatero, tiene usted en sus manos una oportunidad histórica para llevar a España hacia esa economía del conocimiento que ha de garantizar que nuestros hijos no tendrán un nivel de vida inferior al nuestro. Los científicos estamos preparados y dispuestos a cumplir con nuestra parte. No nos falle. *

JOAN J. GUINOVART, presidente de la Confederación de Sociedades Científicas de España (Cocse)